

Las diversiones y el discurso modernizador en la Lima finisecular

Fanni Muñoz*

Las transformaciones impulsadas por el estado y una élite local en la Lima de fines de siglo se inscriben en un ideal de modernidad. Este ideal, común en las élites latinoamericanas y al amparo de las ideas positivistas, no sólo se asoció con un progreso material sino que también fue acompañado de la necesidad de crear una cultura nacional moderna, para lo cual se fomentaron los valores, costumbres y usos acordes al estilo de vida europeo.¹ ¿Cuáles fueron los medios mediante los cuales se trató de ir imponiendo este nuevo estilo de vida? Un acercamiento desde el mundo de la diversión, de los entretenimientos difundidos por esta élite nos sugiere algunas pistas de análisis para la comprensión de esta experiencia de modernidad.

El escenario

Entre 1895 y 1919 se produce una serie de cambios en la sociedad peruana y especialmente en la ciudad de Lima. Cambios mediados por el establecimiento de la paz social, la estabilidad política y el desarrollo económico de la nación.

La elección del fundador del Partido Demócrata, Nicolás de Piérola en 1895, pone fin al dominio político ejercido por los caudillos y jefes

militares desde la independencia.² Durante estos años surge la convicción de la impostergable necesidad de reconstruir el país y encauzarlo hacia el camino del progreso, interrumpido por la Guerra del Pacífico (1879-1883).

Bajo la gestión de Piérola (1895-1899) y con el apoyo de los civilistas,³ se crearon las bases de un estado basado en la racionalidad e institucionalidad modernas. Con tal fin se realizó una serie de reformas fiscales, políticas y sociales hechas viables mediante la creación de instituciones estatales.⁴ Las reformas propuestas iban desde el establecimiento del oro como sistema de paridad cambiaria hasta la reorganización, profesionalización del ejército y el impulso a la instrucción pública.

Asimismo, durante este periodo la economía peruana inicia un acelerado resurgimiento y una reinserción en la economía mundial. El auge de la exportación de recursos naturales (azúcar, algodón, lanas y minerales) va seguido del fuerte apoyo de inversiones extranjeras —especialmente inglesas— que favorecen el crecimiento comercial, financiero e industrial del país.⁵

Un aspecto poco analizado en este proceso es el papel protagónico que asumieron los civilistas progresistas y otros miembros de la élite modernizadora integrada por profesionales liberales, quienes, como señala Peter Klären, fueron influidos por la ideología positivista de la época:

* El Colegio de México.

Most were rationalists, materialists and utilitarians in the positive tradition, mildly anticlerical, strongly opposed to the "feudal" Hispanic tradition of the colony and advocates of national "modernization". For them modernization was perceived as industrialization, limited representative democracy, technical and scientific education and a mode of thought that was at once non-scholastic and non-idealistic.⁶

Es esta élite la que nos interesa estudiar en la medida en que hemos identificado un discurso modernizador asociado con la necesidad de crear una moderna cultura nacional.⁷ Entre sus miembros podemos mencionar a José Pardo, Joaquín Capelo, Javier Prado, Mariano H. Cornejo, Augusto B. Leguía, Francisco García Calderón y Federico Elguera, así como a algunos extranjeros —especialmente ingleses e italianos—, establecidos en el país desde la década de 1850.⁸

Este grupo de personas proviene de familias de distinta extracción económica y social. Algunos están vinculados a los grupos económicos más ricos e influyentes. Trátase de grupos dedicados a la economía de exportación, como el caso de los Pardo o el de la familia Prado, representantes de los empresarios modernos por la diversificación de sus capitales.⁹ Por otro lado, otros miembros pertenecieron a sectores medios profesionales como Joaquín Capelo, Mariano Cornejo y Augusto Leguía. Y, finalmente, personas cuyas familias habían ejercido importantes cargos políticos y públicos desde mediados del siglo XIX, como Francisco García Calderón, José Pardo y Javier Prado. La formación educativa y la experiencia europea por la que vivieron muchos de sus miembros —estudiantes de escuelas inglesas y alemanas de excelencia—, marcó una fuerte impronta en su discurso modernizador.¹⁰ Éste se hace explícito durante su activa participación empresarial, intelectual y política.¹¹ Algunos de ellos, como José Pardo y Augusto B. Leguía, llegaron a ser presidentes de la república.

Aunque esta élite ejerció un fuerte liderazgo no siempre detentó el poder para aplicar muchas de las ideas sostenidas en su discurso. Los

miembros de la élite política, económica e intelectual más tradicional —con una mentalidad señorial, conservadora y poco proclive a aceptar la modernización de la sociedad— fueron sus más fuertes opositores. Ejemplo de ello lo constituye el caso de las familias Riva Agüero-Osma y los Aspíllaga.¹²

La necesidad de formar una cultura nacional moderna en el discurso de esta élite modernizadora estaba asociada al deseo de integración de Perú en el "concierto de las naciones europeas, blancas y capitalistas". Sin embargo, en el caso peruano existían serias dificultades para aplicar este modelo cultural. Por un lado, la reminiscencia de las costumbres coloniales y la hegemonía de una cultura señorial, a juicio de esta élite, constituía un obstáculo para los cambios. La opinión que pronuncia Javier Prado en 1894 sobre dicha cultura es muy crítica:

...era la famosa Lima el centro de la nobleza y aún hoy, el observador puede encontrar los rastros de una ciudad esencialmente aristocrática, y los vestigios de una nobleza que fue muy rica, hidalga, ostentosa, derrochadora, franca y hospitalaria; señores perezosos, veleidosos, entregados al amor y a los placeres; de trato cultísimo e insinuante pero sin educación y sin estímulos prácticos.¹³

Por otro lado, los valores y costumbres del principal componente de la sociedad, conformado por la población india, negra y china,¹⁴ eran considerados como elementos de estancamiento social, dadas sus costumbres bárbaras y sus malos hábitos de higiene.¹⁵ La perniciosa influencia de los negros estaba asociada a su excesiva sensualidad y ociosidad.¹⁶ Es muy evidente el sustrato racista en el pensamiento de esta élite modernizadora.¹⁷

En ese sentido, el ideal de una cultura moderna se depositó en la población criolla y blanca. La ciudad de Lima —capital del país— fue el espacio privilegiado para proponer sus cambios. Esta ciudad, desde mediados del siglo XIX, había sido objeto de una serie de transformaciones que más que una respuesta al crecimiento de-

mográfico y al desarrollo industrial —a diferencia de las sociedades de Europa Occidental—, obedecieron a la idea de crear una comunidad nacional. El trabajo realizado por Natalia Majluf sobre la escultura y el espacio público en Lima durante la mitad del siglo XIX, muestra cómo, bajo la noción de ornato, se realizaron en Lima algunas reformas con la finalidad de quitar las huellas del pasado colonial y asentar las bases del nuevo orden republicano.¹⁸ La renovación de plazas, alamedas y el establecimiento de esculturas, monumentos, relojes y bancas en las principales ciudades del país durante el gobierno de Castilla, formaría parte de este proyecto de apropiación del espacio urbano por el estado así como de la creación de un espacio público en su acepción burguesa.¹⁹ Dicho proyecto fue interrumpido por la crisis económica y fiscal del país en 1876 y la posterior Guerra del Pacífico (1879-1884), que sumió al país en un estado de miseria absoluta. Tuvieron que transcurrir cuarenta años para iniciar la reconstrucción de Perú y especialmente de la ciudad de Lima, una de las más afectadas durante la guerra.

La formación de la nueva cultura “burguesa”

Hacia 1895, la imposición de un modelo cultural burgués era pensable en la medida en que el espacio urbano de realización de este ideal —Lima— fue transformado drásticamente. Al discurso del ornato, higiene y preocupación por el embellecimiento de la ciudad iniciado en la década de 1850,²⁰ le siguió la noción de ampliación del espacio urbano y la creación de un sistema circulatorio de la ciudad, ideas que se correspondían con una concepción de planificación que abarcaba todos los aspectos de la comunidad urbana.²¹

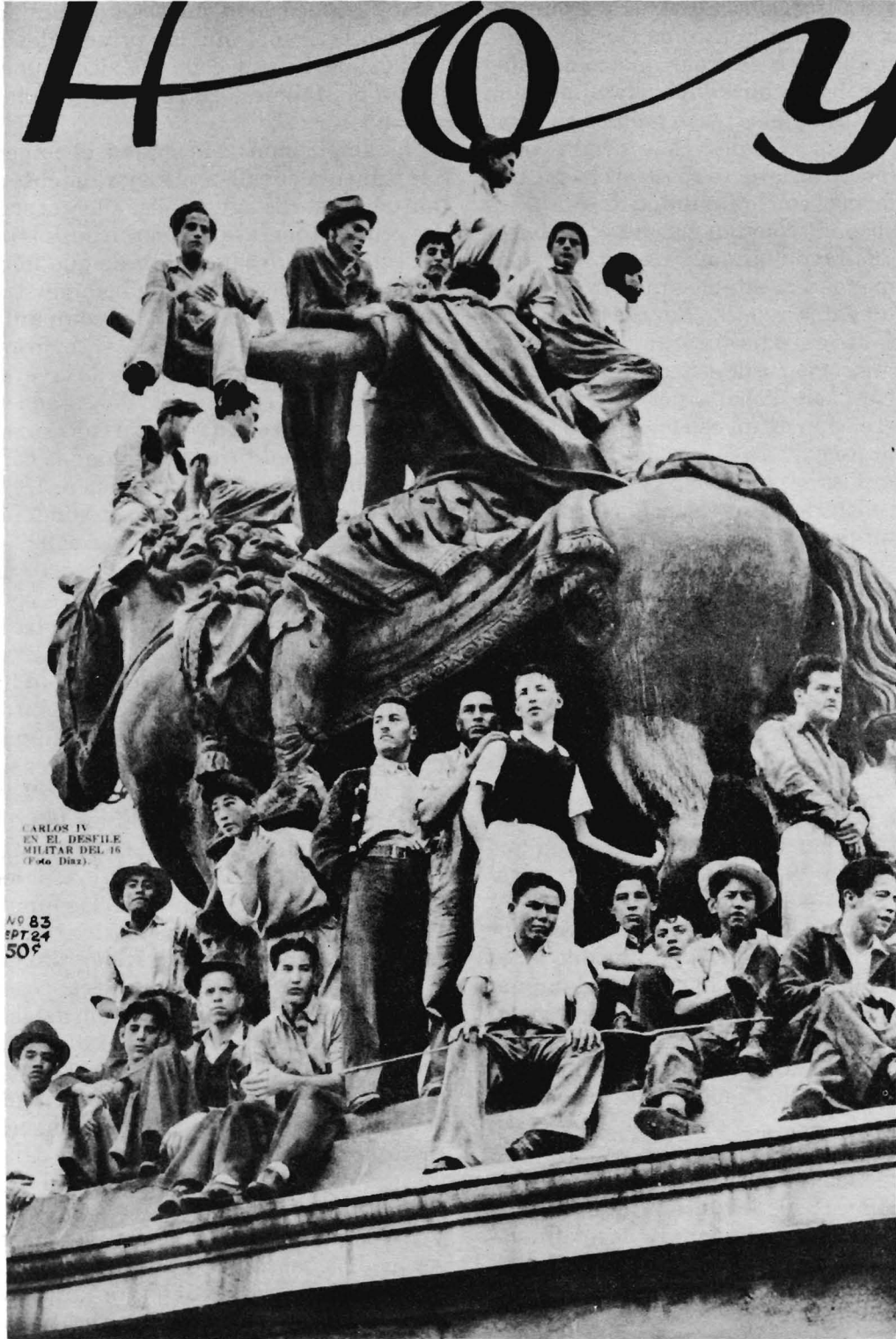
El modelo parisino diseñado por el barón Georges Eugène Haussmann —prefecto de París entre 1850 y 1870, durante la República de Napoleón III—, primer ejemplo de planificación urbana, se impuso en su totalidad. París, cuna de la *belle époque*, metrópoli del gusto y la sensibilidad burguesa, se convirtió en el refe-

rente estético de lo que era una ciudad moderna. No es casual que las principales ciudades latinoamericanas, como México, Buenos Aires y Río de Janeiro, entre otras, siguieran este mismo proceso.²²

La ampliación de la ciudad, el empedrado de las principales calles, el mejoramiento del sistema de abasto de agua y desagüe y la creación de los grandes boulevares fueron hechos pensando en este ideal urbano.²³ Obras que iban aparejadas con el incremento de las industrias,²⁴ las instituciones bancarias,²⁵ las compañías de seguros, las oficinas públicas, así como los nuevos comercios y espacios públicos de diversión, propiciados por el crecimiento del estado y el desarrollo económico. En relación con estos últimos, de los nueve edificios consignados como espacios públicos para diversión entre 1862 y 1884 por el científico alemán Ernest Middendorf,²⁶ se habían incrementado a 187 hacia 1929. De ellos, 71 eran salas para teatros y cines, 87 clubes de fútbol y 25 para otras actividades como billares, club de tenis, ciclistas, entre otros.

La expansión de la ciudad fue acompañada de un crecimiento económico y de un ligero aumento de la población. Este incremento fue progresivo a partir de esta fecha. Si Lima, a fines del siglo XVIII, ocupaba 456 hectáreas, en 1908 esta superficie se había triplicado a 1,292.²⁷ De igual modo, la población de Lima de 120,994 habitantes según el censo de 1876, en 1908 se había estimado en 172,927, de los cuales 13,301 eran extranjeros.²⁸ Asimismo, las innovaciones tecnológicas marcan una ruptura con el periodo anterior. La instalación del telégrafo y el teléfono en 1888,²⁹ del alumbrado eléctrico en toda la ciudad en 1902, la electrificación del ferrocarril y el incremento de líneas en 1905, así como la aparición de los automóviles en 1904³⁰ crearon un nuevo universo de representaciones e imágenes que ayudaron a la transformación de las costumbres. La iluminación de las calles de Lima en 1902 fue todo un acontecimiento para sus habitantes.

En este contexto, el crecimiento de los sectores medios y obreros empezó a ser pronunciado, como se puede ver en el cuadro 1. El incremento de la administración pública, los trabajadores



Cuadro 1³¹
Comparación del crecimiento de los sectores medios en Lima y El Callao

Ocupación	1876	1908
Abogados	182	252
Ingenieros	65	256
Doctores	142	167
Dentistas	14	38
Empleados de la administración pública	1,213	1,575
Empleados asalariados	950	6,821
Profesores	253	747
Periodistas	7	66
Estudiantes (a partir de 14 años)	2,713	3,645
Empleados de seguros	10	53
Comerciantes	3,074	3,232

asalariados y los estudiantes fue muy alto en relación con el periodo anterior.

Estas transformaciones de la ciudad se correspondían con la necesidad de normar el comportamiento y costumbres en la población que habitaba en la urbe, y con la necesidad de inculcar los nuevos valores. Una vía propicia para ello fue por medio de las diversiones, consideradas de gran influencia por su poder educativo. Esta noción de la función educativa de los entretenimientos se puede rastrear desde el siglo XVIII con las reformas borbónicas y su propuesta modernizadora. Una de ellas precisamente se dirigió a la reglamentación de los entretenimientos. Se censuraron las festividades religiosas y diversiones populares por los excesos que se cometían en ellas.³² No obstante, hasta finales del siglo XIX, la violencia, el desorden y la lujuria de algunos entretenimientos continuaron siendo un problema.

Las diversiones, a los ojos de la élite modernizante de fines de siglo, cumplían una función formativa, aunque también éstas eran vistas como símbolos de modernidad. El entretenimiento tenía por finalidad educar a la población. "Instruir divirtiendo es una divisa que se debe acatar", escribía Chéric Labrocaire en el manifiesto que lanzó en 1885 para la protección a las artes.³³ Se trataba de enseñar a la pobla-

ción "buenas costumbres" y comportamientos acordes con el progreso de una nación civilizada. Como escribían los señores concejales Yáñez y Ganoza a propósito de la importancia de los entretenimientos en la sociedad limeña:

Si los espectáculos públicos reconocen como causa de su existencia la necesidad en el hombre civilizado de reforzar su espíritu y de proporcionarle descanso, a la par que recreo, en los momentos de que en las ocupaciones y preocupaciones de la vida social puede disponer. [...] Son ellos destinados a formar el gusto, *morigerar las costumbres e instruir deleitando*.³⁴

Empero, no todos los entretenimientos se ajustaban a tal fin. Muchas de las tradicionales diversiones, como las peleas de gallos, las corridas de toros, los carnavales y los juegos de envite fueron atacados por considerarlos obstáculos al progreso y desarrollo. En ellos se exacerbaban las pasiones y las personas tendían a comportarse de manera irracional. Es por ello que sólo fueron promovidos aquellos entretenimientos consistentes con las ideas modernas, como el denominado teatro culto, el ballet y los conciertos de música clásica.

A fines de siglo el deporte sería incorporado como una nueva actividad recreativa, la cual contribuía a formar este ideal de hombre burgués: autónomo, viril, sano y esbelto.³⁵ Los primeros deportes practicados en Lima fueron la hípica, las regatas, el ciclismo, el tenis y el fútbol, actividades recreativas promovidas especialmente por la comunidad extranjera.

Las corridas de toros y las peleas de gallos eran sinónimos de violencia y barbarie; los carnavales eran considerados juegos licenciosos, lujuriosos. Y los juegos de azar eran identificados con el vicio y el ocio. En todos estos entretenimientos se fomentaba el espíritu jaranero, licencioso, libertino, frívolo, violento y haragán. Comportamientos que, a juicio de la élite, eran compartidos por todos los grupos sociales y que fueron considerados lastres de la herencia colonial que rechazaban y trataban de extirpar. A ello se añadió otro lastre republicano traído por

los chinos y sus malos hábitos de vida y costumbres. Fueron ellos los que difundieron los fumadores de opio, el teatro chino con obras obscenas denominadas "sicalípticas",³⁶ y las casas de cita o casas de té, como se solía llamar a los prostíbulos. Estos lugares no sólo eran frecuentados por la comunidad asiática; por el contrario, eran espacios públicos de concurrencia interclasista.

En el discurso formulado por la élite sobre la formación de un individuo moderno, "civilizado", como le denominaban, se destacan tres rasgos centrales contrapuestos a la imagen que tenían de los limeños (as) y que se hacía extensiva a los peruanos. El primero fue la importancia que se asignó al amor al trabajo y a las leyes. A juicio de la élite era imprescindible arraigar este hábito en la población, puesto que aún primaba la visión colonial del trabajo como una ocupación inferior y la exacerbada frivolidad y ocio de los limeños(as).³⁷ Éste era un rasgo observado por los viajeros que visitaron Lima desde los primeros decenios del siglo XIX hasta la década de 1920.³⁸ Hacia 1924, en la descripción que hizo de Lima el viajero boliviano Gustavo Otero, este rasgo era tan notorio que registró lo siguiente:

Lima es una ciudad que gusta de la molice, del placer, del gusto, de la frivolidad, del ocio. [...] El viajero en Lima se siente muy cómodo. Hay una atmósfera de modernidad agradable. El cosmopolitismo de Lima se siente en el confort de los hoteles, en la prodigalidad de los lugares de diversión como cines, teatros y bares.³⁹

Esta afirmación se asemeja a la que, durante la década de 1840, hizo el vizconde Eugène de Sartiges sobre los limeños, quien se admiraba "del gusto por los espectáculos y por todos los placeres de la vista", de los que eran amantes los limeños.⁴⁰ La importancia del trabajo era fundamental para fomentar el espíritu de empresa. Por otro lado, el surgimiento de las distintas industrias y comercios exigió nuevos hábitos laborales que obligaban a deslindar claramente el tiempo de trabajo del tiempo de ocio.

El segundo rasgo tenía que ver con la forma-

ción de una mentalidad racional: crear un hombre de acción y voluntad. El carácter voluble, indisciplinado y la mentalidad poco emprendedora de los limeños no favorecía el progreso del país. Así, por ejemplo, para Francisco García Calderón era necesario propiciar una educación para la acción y el esfuerzo porque:

La voluntad es ligera, inconstante, capaz de ímpetus discontinuos y débiles [...]. La psicología del peruano es simplista, sin trasfondos, de complejidad interior. Tiene una visión intelectual rápida, fácil, espontánea y llega a síntesis prematuras.⁴¹

Finalmente, un tercer rasgo se caracterizó por el comportamiento y el cultivo de un gusto estético que denominaban más "refinado y delicado". Aquí se trataba de desarrollar la sensibilidad burguesa de la moderación y el recato. Por otro lado, el gusto estético contrastaba con lo salvaje, violento y grotesco de algunas actividades recreativas, como las corridas de toros, peleas de gallos y los carnavales. La extrema sensualidad y la escasa instrucción de hombres y mujeres debían ser combatidas para desarrollar este nuevo modelo de individuo. Teniendo en mente estos tres rasgos podemos situar mejor el hecho de que algunos entretenimientos contarán con mayor aprobación y que otros fueran criticados y en algunos casos se intentara prohibirlos.

El teatro fue considerado como la principal actividad educativa. Éste era el que más contribuía a la formación de este nuevo gusto estético burgués. Los teatros, decía Labrocaire, "no son efecto de caprichos o frivolidades". Empero, no se trataba de cualquier teatro, sino más bien del denominado "culto", entendiéndose por ello la ópera italiana, la ópera cómica francesa, la ópera dramática y el ballet romántico francés. Teatro que, como afirmaba el inspector Manuel Fuentes, se hacía indispensable promover para "inculcar el gusto por el arte a todos los sectores de la población".⁴² Mediante estas obras se instruía y se "moralizaba" a la población. Desde el gobierno de Castilla (1856) el estado auspició por primera vez "la contratación de las compa-

ñas de ópera".⁴³ La ópera italiana, montada por compañías extranjeras, introducida por primera vez en Perú en 1812,⁴⁴ era el símbolo de este buen teatro que fomentaba el gusto estético. En el Teatro Principal se habían exhibido las óperas *Ernani*, *Rigoletto*, *Barbiere di Siviglia* y *Lucia*, entre otras.⁴⁵ La danza y las comedias españolas trataron de ser desplazadas.

Federico Elguera, alcalde municipal de Lima entre 1901 y 1908, puede ser considerado uno de los líderes de esta élite modernizante que pasó del discurso a la acción.⁴⁶ Durante su gestión mostró especial interés por diversificar la oferta cultural de la ciudad. Elguera, conocedor de la vida de las grandes capitales europeas y latinoamericanas, expresaba indignado que:

Una ciudad sin lugares atrayentes, condena a sus moradores a permanecer encerrados en los estrechos linderos de su hogar, cuando no procurarse pasatiempos que deprimen la vitalidad y abaten el espíritu.⁴⁷

Es por ello que obtuvo una partida del gobierno para dotar a Lima de un teatro municipal acorde a su modelo europeo de ciudad. El nuevo Teatro Municipal fue obra del arquitecto Julio Lattini, con una capacidad de 1,412 espectadores y se inauguró el domingo 14 de febrero de 1909. Éste fue uno de los acontecimientos más comentados de la época. A la primera función, del domingo 14 de febrero de 1909, asistieron las autoridades y, como escribió el cronista del diario *El Comercio*, "el público era el más escogido y selecto de la ciudad".⁴⁸ Manuel Moncloa y Covarrubias, dramaturgo peruano que pronunció el discurso inaugural, dijo con orgullo:

Lleno de vida, brillante y moderno se levanta el nuevo Teatro Municipal. Contribuyen a su erección el alcalde Elguera en su decidido empeño en dotar a la capital de un edificio que su adelanto reclamaba. Civilización y progreso. [...] El nuevo edificio de sabor moderno con su estilo renacimiento y Luis XVI puede llamarse propiamente teatro.⁴⁹

En lo sucesivo, el municipio subvencionó a las empresas teatrales serias que quisieran realizar algunas temporadas en Lima.⁵⁰ Pero pese a todos estos esfuerzos por cultivar el gusto por el teatro culto en la población, especialmente en los sectores populares, éstos no mostraron mayor afición. Por el contrario, la llegada de las tandas a partir de 1895 y en las que se estrenaban dos o tres zarzuelas cortas en una función, tuvo mucha acogida en estos sectores. Ésta fue de tal magnitud que los teatros Olimpo y Politeama siempre estaban llenos de gente.⁵¹ Es por ello que los empresarios del teatro Olimpo se vieron obligados a pagar continuas multas por sobrepasarse del horario establecido para las funciones. El horario límite para que los espectáculos estuviesen abiertos era el de las 12 de la noche, pero muchas de estas funciones, a solicitud del público, solían extenderse hasta las tres de la mañana.

Por otro lado, las corridas de toros, las peleas de gallos, las luchas entre fieras poco tenían que ver con promover comportamientos refinados. Estos espectáculos, lejos de favorecer el desarrollo de un pensamiento racional, exacerbaban las pasiones irracionales de la gente. No era casual que en Inglaterra, ideal de civilización, hubieran sido erradicados estos entretenimientos.⁵² En el informe que presentan los señores Yáñez y Ganoza, miembros de la comisión de espectáculos, para tratar la prohibición de las luchas entre fieras, señalaban que bastaba asistir a un espectáculo de este tipo para ver el comportamiento del público ante lo salvaje y sangriento de esta distracción y darse cuenta de que:

...se fomenta con esos espectáculos aficiones a lo cruel y a lo notoriamente incapaz de dar pábulo a afecto alguno del corazón humano, y en lugar de hacer aprender algo útil a las masas, les estimula a estimar como buena la destrucción de los seres animales, sin ventaja alguna positiva para el hombre.⁵³

Es por ello que no faltó la queja de las autoridades, como Felipe de la Torre Bueno, quien, en 1884, recomendó la supresión de los coliseos

de gallos por considerar que dicha diversión ofrecía “graves inconvenientes”. La municipalidad vetó esta petición.⁵⁴ Las peleas de gallos fueron objeto de tensiones permanentes entre sectores más conservadores de la élite que las favorecían y otros que se oponían a ellas. Es más, las peleas de gallos gozaron de un público multclasista, motivo por el cual siguieron practicándose.

El intento de prohibición de las peleas de gallos surgió desde los primeros años del periodo republicano como una medida para reducir la influencia de las costumbres españolas nocivas, a juicio de los republicanos. José de San Martín, prócer de la independencia y primer presidente republicano, prohibió los gallos en 1821, pero Simón Bolívar autorizó su reapertura en 1826. Lorenzo de Vidaurre, ministro de Gobierno del mariscal Agustín Gamarra, cerró los circos de gallos el 9 de febrero de 1832, aduciendo que en estos lugares se “patrocinaba el ocio, el fraude y la inmoralidad”. No obstante, en 1872 el presidente Balta otorgó nuevamente permiso para este tipo de espectáculos.⁵⁵ Pese al ánimo moralizador de la élite, las peleas de gallos siguieron desarrollándose normalmente. Incluso hasta la fecha ésta es una distracción a la que concurren diversos sectores sociales.

En el caso de las corridas de toros la crítica fue más moderada, pues esta fiesta era más aceptada por diversos sectores de la población porque durante mucho tiempo fue un símbolo de identidad. Algunos modernistas elaboran todo un discurso asociando a los toros con un “arte moderno por excelencia”. A pesar de que el primer Congreso constituyente prohibió en 1822 las corridas de toros por ser incompatibles con la cultura y civilización de la nueva república, no obstante, fue difícil erradicar este entretenimiento tan arraigado en la población. Es por ello que para el recibimiento de Simón Bolívar el 24 de mayo de 1824, la municipalidad auspició una corrida de toros.⁵⁶ Pese a ello, hubo otros órganos, como el semanario *El Amigo del Pueblo*, que lanzó diatribas contra “una diversión que, lejos de moralizar y suavizar las costumbres del vulgo, lo entretiene con espectáculos de barbarie y crueldad”.⁵⁷ Los miembros de

la élite y sectores que defendían esta diversión solicitaban mejorar su calidad. Se aconsejaba ser más exigentes con los empresarios para que ofreciesen un buen espectáculo. Pedían un ganado de raza y cuadrilleros profesionales. Constantemente se señalaba que las corridas eran de baja calidad y, para evitar el abuso de los empresarios, el Consejo propuso contar con un permito especializado en el arte taurino.⁵⁸ Asimismo, hay varios expedientes en los cuales se solicita la suspensión del espectáculo por no contar con la cuadrilla adecuada.⁵⁹

A fines de siglo, el denominado *sport* mostraba las posibilidades de desarrollar un individuo sano, fuerte y viril, amante del aire libre y del trabajo. Esta actividad, a la vez que contemplaba el aspecto recreativo, contribuía al auge de la civilización. Entre 1873 y 1903, a instancias de miembros de la comunidad extranjera⁶⁰ y la élite local, se formaron los primeros clubes deportivos, como el Lima Cricket and Lawn Tennis (1873)⁶¹—nombre modificado por el de Lima Cricket and Football Club (1900)—, el Club Regatas (1875), el Club Ciclista Lima (1897) y el de Tiro al Blanco (1890). En ellos se practicaban el cricket, el rugby, el tennis, las regatas, el ciclismo, deportes preferidos por la alta burguesía y aristocracia europea, los cuales requerían de un mínimo de espacio y equipo.⁶²

Todos estos clubes, de carácter cerrado, eran frecuentados por los extranjeros y las élites nacionales. Los eventos que se realizaban en dichos lugares eran privados. Sólo asistían a ellos los socios y amigos cercanos. El primer deporte en abrir sus puertas a todo el público fue el hípico. Éste comenzó a practicarse en Lima desde 1864 en la primera cancha ubicada en Bellavista (El Callao).⁶³ Aunque el Jockey Club, fundado en 1895, fue un espacio cerrado y al que sólo pertenecían los socios, desde sus inicios las primeras canchas de carreras fueron públicas. Claro está que la asistencia estaba determinada por el precio de la entrada.

Si bien el desarrollo del deporte en Lima partió de la élite, hacia 1896 el discurso sobre la necesidad de difundir el deporte en toda la población se hace explícito. Durante el gobierno de Nicolás de Piérola se dio importancia a la ins-

trucción y al desarrollo de la educación física y moral para "formar una generación orgánica y moralmente fuerte".⁶⁴ En ese sentido se propició la formación de gimnasios y los lugares de paseo. Al igual que en Europa, la gimnasia fue lo que más se promovió en los colegios públicos, puesto que este tipo de deporte no precisaba mayor equipamiento.⁶⁵

De todos los deportes, el ciclismo y el fútbol fueron los que mayor acogida tuvieron en la población. La afición por las bicicletas pudo ser popularizada puesto que si no se podía contar con una bicicleta propia, ésta se podía alquilar. En 1897, en Lima existían siete agencias de alquiler.⁶⁶ En el caso del fútbol la recepción popular fue rápida. Si inicialmente lo jugaban los ingleses, muy pronto empezaron a practicarlo los peruanos.⁶⁷ Desde 1894, en el terreno de Santa Sofía, local del Lima Cricket and Lawn Tennis, comenzaron a realizarse partidos de fútbol entre peruanos e ingleses. En dicha cancha jóvenes estudiantes de colegios particulares empezaron a practicar este deporte. Fue durante la gestión de Pedro de Osma, secretario de la municipalidad y "sportman distinguido", que el alcalde del Concejo Provincial emite una resolución mediante la cual concede un terreno al primer club peruano de fútbol: Unión Cricket (1896).⁶⁸ En dicha resolución afirma que:

es un deber del Concejo fomentar los ejercicios gimnásticos recomendados para la juventud por los preceptos de la higiene y de la educación.⁶⁹

Es así como, hacia 1898, se realizó un clásico entre peruanos e ingleses; millares de personas acudieron a la cancha de Santa Beatriz.⁷⁰ El fútbol fue sin duda el deporte de mayor popularidad en Lima.⁷¹ A partir de 1900 comienzan a surgir los primeros equipos populares, como el Club Atlético Chalaco y el Alianza en 1901.

Los deportes empiezan a ser considerados de gran utilidad porque "contribuían al engrandecimiento de las razas y de las naciones".⁷² A partir de 1910, *El Comercio* emprende una campaña sobre la importancia del fútbol y de la

educación física y la necesidad de promoverlos nacionalmente a través de las escuelas, universidades y diferentes asociaciones en las que participan las clases populares. Se consideraba que los defectos de los que adolecían los peruanos, como la falta de voluntad, de disciplina, la perseverancia metódica en sus actos así como el espíritu solidario, podrían ser modificados gracias a los deportes.

El artículo que publica Juan Vicente Nicolini —migrante italiano y que promueve el ciclismo— en *El Comercio* es muy significativo sobre el poder conferido al deporte para forjar este modelo de hombre burgués del cual se estaba muy lejos:

Hasta el concepto filosófico de la existencia, propio de cada raza, depende en gran manera de sus costumbres deportivas. Las actitudes perezosas crean tendencia a la melancolía; las enérgicas y audaces al optimismo triunfal. [...] ¿No debieron los griegos la maravillosa naturaleza de su cuerpo y de su espíritu a sus atléticos juegos olímpicos? ¿Y los ingleses y norteamericanos no deben acaso la expansión y el impulso triunfador de su raza a su extensa cultura física? Y en verdad las jóvenes generaciones inglesas deben su honradez de criterio, su civismo patriótico, su voluntad laboriosa y su carácter emprendedor, tanto al desarrollo de sus músculos como a la cultura de su espíritu. [...] Como dice el conocido *sportman* Weber: por las tácticas y las combinaciones el *foot ball* es uno de los juegos que más pueden contribuir a desarrollar la sangre fría, la destreza, la disciplina, la solidaridad.⁷³

Nuevamente, el ideal burgués del hombre "honrado, de voluntad laboriosa y carácter emprendedor" era tomado del referente europeo y norteamericano, donde el deporte había sido fundamental en el desarrollo de esta mentalidad. La importancia del deporte en la educación se va a mantener en el discurso hasta la década de 1940. No es sólo la búsqueda del equilibrio físico y moral del individuo sino el hecho de



considerar el factor del *sport* en el desarrollo de la voluntad. Nuevamente veamos cómo explica este hecho Nicolini:

[por] los grandes adelantos y las profundas observaciones hechas en el campo de la experimentación biológica y sobre todo por los nuevos conceptos de la psicología se llega a reconocer en la ciencia actual la conveniencia de que la educación debe de ser total á la conciencia humana [...]. Indudablemente el *sport* opera por vía directa en la conciencia, en el elemento de la voluntad. El *sport* desarrolla la voluntad en el sentido de que le da fortaleza y le aumenta su poder y su energía: se obtiene el carácter, la decisión rápida e indubitada, el denuedo para obrar, el impulso para acometer, el valor para el ataque, el desenvolvimiento del deseo, convirtiendo la idea en acción.⁷⁴

Es interesante anotar cómo las posibilidades del deporte para desarrollar el espíritu de voluntad son fuertemente remarcadas en el discurso de la élite.

Algunas reflexiones finales

Pese a la usual interpretación de que en la sociedad peruana —durante el periodo que estudiamos— no existe un grupo con un proyecto modernizador interesado por la modificación de los valores y costumbres de una sociedad inmersa en una tradición colonial (jerárquica, señorial, cortesana), o que de existir, éste fue epidérmico, nuestro trabajo nos permite inferir que entre 1895 y 1919 una élite modernizadora local hace explícita la necesidad de cambiar los valores de la sociedad peruana como requisito indispensable para formar un individuo burgués.

En este modelo cultural, el referente fueron las sociedades de Europa Occidental pero, a diferencia de ellas, en el caso peruano los indivi-

duos imaginados para proyectar estos cambios fueron los blancos y criollos de la sociedad. No obstante, este discurso se hacía extensivo a toda la población en la medida en que todos participaban de los valores y costumbres tan arraigados en la población. Valores y formas de sensibilidad que, como hemos visto, resultaban un obstáculo para el progreso y desarrollo del país (escasa valoración por el trabajo, falta de voluntad, comportamiento licencioso).

Es por ello que mediante un reordenamiento de las diversiones se trató de poner límites a la expansión libre del cuerpo, expresada en la sensualidad y en las acciones amorales que se manifestaban en algunos entretenimientos como el carnaval y las peleas de toros. La nueva moral burguesa exigía un adocenamiento del cuerpo en el que el recato, el pudor y la moderación de los sentidos debían imperar. Asimismo, la formación de una mentalidad racional y el hecho de inculcar el amor por el trabajo formaban parte de este ideal “civilizador”.

¿En qué medida este discurso pasó de la idea a la acción? De acuerdo con el desarrollo de nuestra investigación podemos deducir que aunque este discurso trató de ser hegemónico en toda la población, ésta no siempre optó por emular a las élites. A diferencia de los sectores medios, los populares siempre encontraron mecanismos para evadir las prohibiciones y reglamentaciones hechas por la municipalidad. Las corridas de toros, las peleas de gallos, los juegos de azar, los fumaderos de opio, las tandas y las jaranas criollas continuaron siendo concurridas por esta población, ávida de este tipo de entretenimientos en los que podían desplegar de manera libre todas sus emociones. Es más, las élites no siempre contaron con el apoyo político necesario para emprender el ordenamiento de las actividades recreativas. No olvidemos que esta cultura señorial era propia de la élite gobernante y también ellos en alguna medida participaban de estos valores y sensibilidad. El gusto por las peleas de toros involucraba a todos los grupos sociales. Resultaba muy difícil diferenciarse en este aspecto de la mayoría de la población.

Notas

¹ En Perú, recientes estudios han analizado los proyectos modernizadores del estado y la élite local de mediados del siglo XIX. Véase Natalia Majluf, *Escultura y espacio público. Lima, 1850-1879*, Lima, IEP, Documento de Trabajo, núm. 67 (Historia del Arte, 2), 1994; Francesca Denegri, *El abanico y la cigarrera. La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú*, Lima, Flora Tristán/Centro de la Mujer Peruana/Instituto de Estudios Peruanos, 1996. Para el caso mexicano véase Mauricio Tenorio, "1910 Mexico City: Space and Nation in the City of the Centenario", *Latin American Studies*, núm. 28, Cambridge University Press, 1996. Asimismo, para la experiencia argentina véase el trabajo de José Luis Romero y Luis Alberto Romero (eds.), *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, vols. I y II, Buenos Aires, abril, 1983.

² Después de la independencia de Perú, ocurrida en 1821, el país vivió en un clima de guerra civil permanente debido a la lucha sostenida entre caudillos y militares por apropiarse del poder. Con la excepción del corto periodo de la presidencia civil de Manuel Pardo entre 1871 y 1876, los militares restablecieron su poder a raíz de la Guerra del Pacífico.

³ El partido civilista fue fundado en 1871 por Manuel Pardo, presidente de Perú entre 1872 y 1876. Este partido fue formado por los comerciantes guaneros. Posteriormente se adhirieron los agroexportadores, hombres de finanzas e industriales. En su interior existieron posiciones conservadoras y otras más modernas sobre la aplicación del liberalismo y la modernización del país. Entre 1903 y 1919, con excepción de Billinghurst y del general Benavides, todos los presidentes elegidos pertenecieron a dicho partido.

⁴ Una de las instituciones que favoreció el desarrollo de la nación fue la creación del Ministerio de Fomento y Obras Públicas (1896). Asimismo se creó la Sociedad Nacional e Industrias (1895) y la de Minería (1896) entre otras. Véase Jorge Basadre, *Historia de la república del Perú*, t. XIII, Lima, Ediciones Historia, 1964.

⁵ El comercio en Perú en 1891 arrojaba un total de 33,658,392 millones de soles. Este monto se había incrementado en 1898 en un 50 por ciento. Véase Carlos Franco y Hugo Neira, *El problema de las élites y el pensamiento. Los novecentistas peruanos 1895-1930*, Lima, Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación, 1986.

⁶ Peter Klären, "The Origins of Modern Peru, 1880-1930", en *The Cambridge History of Latin America*, Leslie Bethell (ed.), Cambridge University Press, 1986, vol. 5, 1870 to 1930, pp. 587-640.

⁷ Hemos preferido emplear la categoría de élites y no la clásica noción de oligarquía con que se ha estudiado el papel del estado y el de la clase dirigente peruana durante este periodo. Bajo esta definición la oligarquía ha sido caracterizada como un grupo de familias que

controlaban determinados recursos estratégicos vinculados a la propiedad de la tierra, la actividad exportadora y la banca, con una mentalidad centrada en un estilo de vida señorial. Véase Dennis Gilbert, *La oligarquía peruana: historia de tres familias*, Lima, Horizonte, 1981; Alberto Flores Galindo y Manuel Burga, *Apogeo y crisis de la república aristocrática*, Lima, Ediciones Rikchay, 1980. La noción de élite nos permite una mejor comprensión de la heterogeneidad y complejidad de posiciones en el interior de las clases dirigentes. En este sentido nos han sido de gran ayuda los trabajos de Anthony Giddens, *Elites in the British Class Structure*, University of Cambridge, Department of Applied Economics, 1972; Carlos Franco y Hugo Neira, *op. cit.*; Alfonso Quiroz, "Grupos económicos y decisiones financieras en el Perú 1884-1930", *Apuntes*, núm. 19, Revista de Ciencias Sociales, Centro de Investigación Universidad del Pacífico, 1986, pp. 72-95.

⁸ La presencia de los italianos en Perú comienza a experimentar un incremento a partir de la década de 1840 y permanece así hasta 1880. Desde 1857 el número de italianos residentes en Lima osciló entre 3,469 y 3,094 en 1908. Los italianos, en su mayoría comerciantes, tuvieron mucho éxito en las distintas empresas económicas en las que se expandieron. En cuanto a la presencia de los ingleses, si bien fue disminuyendo de 1,041 en 1857 a 442 en 1908, la injerencia que tuvieron en diversas actividades económicas repercutió en la vida social del país. Para el estudio de los italianos en la sociedad peruana véase Giovanni Bonfiglio, *Los italianos en la sociedad peruana*, Lima, Unión Latina, 1993.

⁹ A propósito del grupo Prado y su relevancia en la vida económica, política y social del país, el estudio de Felipe Portocarrero nos muestra cómo los Prado son portadores de una nueva mentalidad empresarial en Perú a fines de siglo. Véase Felipe Portocarrero, *El Imperio Prado: 1890-1970*, Lima, Universidad del Pacífico-Centro de Investigación, 1995.

¹⁰ En el caso de Augusto B. Leguía y Guillermo Billinghurst, ambos estudiaron en el famoso colegio inglés de negocios Goldfinch & Blum, localizado en Valparaíso. José Pardo estudió en el Instituto Lima, dirigido por alemanes, y Francisco García Calderón en el colegio de la Recoleta, dirigido por la congregación francesa de los Sagrados Corazones. En el caso de Leguía véase Howard Karno, "Augusto B. Leguía: The Oligarchy and the Modernization of Peru, 1870-1930", tesis, Los Angeles, University of California, 1970. Para García Calderón, véase Osmar Gonzáles, *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano*, Lima, PREAL, 1996.

¹¹ Joaquín Capelo, Mariano H. Cornejo y Javier Prado fueron los intelectuales positivistas más reconocidos en el medio.

¹² Alfonso Quiroz, en un estudio sobre las distintas

estrategias económicas y financieras de las clases dirigentes peruanas entre 1884 y 1930, muestra cómo en su interior se pueden encontrar grupos tradicionales y otros transitorios. Mientras los primeros no tienen mayor innovación en sus estrategias de inversión y se limitan a los sectores agrocomerciales y a los bienes urbanos, los otros diversifican sus capitales invirtiendo en industrias y finanzas y muestran mayor adaptabilidad a la modernización y desarrollo capitalista. Alfonso Quiroz, *op. cit.*, pp. 73-108.

¹³ En Felipe Portocarrero, *op. cit.*, p. 97.

¹⁴ Los negros fueron traídos como mano de obra esclava al servicio de los españoles desde el siglo XVII. Lima contó con una fuerte población negra hasta mediados del siglo XIX. Por otro lado, los chinos llegaron a Perú como mano de obra contratada para el trabajo de las haciendas costeñas a partir de 1849. Entre 1849 y 1874 llegaron aproximadamente 100,000 chinos. Según el censo de 1876 existían en Lima 11,958. Para la población negra véase Alberto Flores Galindo, *Aristocracia y plebe*, Lima, Mosca Azul Editores, 1984. Para la población china, véase Humberto Rodríguez Pastor, *Hijos del celeste imperio en el Perú (1850-1900). Migración, agricultura, mentalidad y explotación*, Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1989.

¹⁵ Véase Francisco García Calderón, *El Perú contemporáneo*, Lima, Banco Internacional del Perú (Interbanc), 1981.

¹⁶ Ya desde mitad del siglo XVIII, como consecuencia de la pérdida de la importancia comercial de Lima, la ciudad se vio invadida de vagos denominados "plebe urbana". Aunque este grupo estaba conformado por mestizos e indios, los que más sobresalían eran los negros. Ellos podían desempeñarse como ladrones, bandoleros o vendedores ambulantes. Alberto Flores Galindo, *op. cit.*, pp. 148-173.

¹⁷ Gonzalo Portocarrero ha analizado la función y lugar de las ideas racistas de la élite durante la república aristocrática (1895-1919). En Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero (eds.), *Mundos interiores: Lima 1850-1950*, Lima, Universidad del Pacífico, Centro de Investigación, 1995, pp. 220-256.

¹⁸ Francesca Denegri, en su estudio sobre las mujeres ilustradas en el Perú de mediados del siglo XIX, encuentra que también en ese periodo la élite intelectual generó un discurso con la finalidad de crear una identidad entre la élite y generar una corriente de opinión sobre la necesidad de cambiar los usos y costumbres de la sociedad limeña. Éstas comprendían desde la importancia de instruir y hacer participar a la mujer en la vida pública hasta el cambio de la tradicional vestimenta de la saya y el manto por la crinolina y la gorra de estilo francés, todo lo cual significaba desarrollar un nuevo modelo de feminidad acorde con el ideal burgués. Francesca Denegri, *op. cit.*

¹⁹ Con las reformas, las plazas y alamedas dejaban de ser espacios públicos de sociabilidad transitoria. Las

personas podían detenerse y sentarse en las bancas para conversar. De otro lado, la comunidad podía sentirse participe de los nuevos elementos de la cultura internacional simbolizada en las esculturas de mármol, con las que se emplazaron las plazas y alamedas, Natalia Majluf, *op. cit.*

²⁰ La preocupación por el ornato y el progreso de la ciudad orientó la construcción de edificios como el puente de hierro que unía el barrio de Rímac con el centro de la ciudad, así como el Palacio de la Exposición y el Jardín Botánico. Después de 1857 se emprendió la canalización de los desagües de la ciudad. Véase José Barbagelata y Juan Bromley, *Evolución urbana de Lima*, Lima, Talleres Gráficos de la Editorial Lumen, 1945, p. 94.

²¹ Véase Donald Lowe, *Historia de la percepción burguesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 133.

²² José Luis Romero indica que este proceso comienza a partir de 1880 y fue fomentado por la expansión de materias primas al exterior. Las ciudades que más desarrollaron y alteraron su estructura social y fisonomía fueron aquellas que quedaban incluidas en el sistema de la nueva economía, como Buenos Aires, Río de Janeiro, La Plata, São Paulo y Lima, entre otras. José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI, 1984, pp. 247-260.

²³ La creación del Paseo Colón, la monumental avenida Colmena (que cubría alrededor de seiscientos metros) y la Plaza Bolognesi —al suroeste de la ciudad— significaron un nuevo sistema circulatorio de la misma. Estas vías, que salían desde el centro, servían para articular a la ciudad con los alrededores en los cuales se construirían las avenidas de la Magdalena (Brasil), Central y la avenida 28 de Julio. La división de los Parques de la Exposición para abrir la avenida 9 de Diciembre transforma los fundos rústicos en urbanizaciones residenciales. Existe una marcada separación entre la Lima antigua y la Lima moderna.

²⁴ Entre las principales fábricas se cuenta la Vitarte Cotton Mill, Inca Cotton Mill, propiedad de los Grace, la fábrica de tejidos el Progreso Ltda. y la Unión, pertenecientes a los Duncan Fox. Véase Ernesto Yepes del Castillo, *Perú, 1820-1920. Un siglo de desarrollo capitalista*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1972.

²⁵ Los principales bancos fueron el Banco del Perú, el Banco de Londres, el Banco Internacional y el Banco Italiano. Entre las compañías de seguros se encontraban La Nacional y La Popular.

²⁶ Middendorf menciona la plaza de toros terminada de construir en 1768; el coliseo de gallos mandado erigir en 1762; los paseos públicos como el Paseo de Descalzos (1610), la Alameda Nueva o Alameda de Acho (1773) y el Jardín del Palacio de la Exposición (1872); el hipódromo (1873) y la existencia de tres teatros en Lima: el Principal (1660), el Teatro del Olimpo y el Variedades (1850). Véase Ernest Middendorf, *Observaciones y estudios del país y sus habitantes durante una permanencia*

de 25 años, Lima, Dirección Universitaria de Biblioteca y Publicaciones de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1973, t. I, pp. 423-442.

²⁷ Véase Alberto Flores Galindo y Manuel Burga, *op. cit.*, p. 31.

²⁸ Censos, 1876, 1908. Del total de extranjeros censados en Lima en 1908, los chinos eran el grupo mayoritario. Fueron censados 1,950. Una vez finalizado su contrato, después de entre 5 y 8 años, los chinos, en calidad de hombres libres, se instalaron en las ciudades, especialmente en Lima, donde se dedicaron al comercio. Por otro lado, después de la Guerra del Pacífico los chinos abandonaron las haciendas y se asentaron en la capital, donde residían cerca del mercado de la Concepción. Las calles de Capón y Rastro de la Huaquilla serían las zonas del famoso barrio chino. Véase Humberto Rodríguez Pastor, *op. cit.*, pp. 397-441.

²⁹ Véase José Barbagelata y Juan Bromley, *op. cit.*, p. 91.

³⁰ Véase Jorge Basadre, *Historia de la república del Perú*, *op. cit.*, t. IX, p. 4131.

³¹ Tomado de Gary Garret, "The Oncenio of Augusto B. Leguía: Middle Sector Government and Leadership in Peru, 1919-1930", tesis de doctorado, Albuquerque, University of New Mexico, 1973, p. 18.

³² Aunque no contamos con un estudio específico sobre este tema en el caso peruano, el trabajo realizado en México por Juan Pedro Viqueira nos ha servido en la medida en que las reformas borbónicas se dieron en todos los virreinos. Viqueira ha analizado el establecimiento del Siglo de las Luces en México y cómo la Iglesia se opuso a todas las manifestaciones religiosas del pueblo tratando de erradicar la superstición de la auténtica fe. En esta última "el sentimiento religioso debía guiar y limitar las manifestaciones externas del culto; todo aquello que no estuviese a tono con la solemnidad, el recato y gravedad requerida en estas ocasiones debería desaparecer". Viqueira, 1995, p. 161.

³³ Archivo Municipal de Lima (en adelante, AML), Ramo de Espectáculos, 2 de junio de 1885.

³⁴ El subrayado es nuestro. AML, Ramo de Espectáculos, 18 de diciembre de 1891.

³⁵ El cuidado e higiene del cuerpo, rasgo que caracterizó al individuo burgués, encontró en el deporte una actividad que contribuiría a ello. Es en este sentido que desde el siglo XVIII se empieza a tomar interés en Europa por la educación física para los jóvenes. Véase Donald Lowe, *op. cit.*, pp. 186-187.

³⁶ Aunque los documentos no son explícitos en dar detalles sobre el contenido de estas piezas, una lectura minuciosa de los expedientes nos permite deducir que en este tipo de obras se representaban escenas consideradas en aquella época obscenas. Podemos determinar en qué consistía un acto obsceno en la época estableciendo una analogía con lo que sucedía en Costa Rica. En el estudio realizado por Patricia Fumero, la autora encuentra que también en San José se presentaron estas

obras sicalpáticas, en las cuales aparecían bailarinas con trajes ligeros "que permitían contemplar a través de tenues y transparentes muselinas, las exquisitas formas de mujeres escultóricas y perfectas". Véase Patricia Fumero, *Teatro y estado en San José 1880-1914*, Costa Rica, Editorial de la Universidad de Costa Rica (Colección Nueva Historia), 1996, p. 68.

³⁷ Manuel Pardo insistió en 1872 en la necesidad de fomentar el trabajo como medio de estímulo para el desarrollo del país: "Es indispensable reprimir la ociosidad que convierte a los pueblos en cuarteles o conventos." Véase Carmen Mc Evoy, *Un proyecto nacional en el siglo XX. Manuel Pardo y su visión del mundo*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 1994, pp. 137 y 173.

³⁸ Entre los viajeros que se refieren a "las costumbres fáciles, disolutas y poco amantes del trabajo de los limeños" se encuentran Lafond, Sartiges, Botmiliau, Roquefeuil, Proctor, Lesson y Bennet, entre otros. Véase Estuardo Núñez (comp.), *Colección documental de la Independencia del Perú. Relaciones de viajeros*, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1971, t. XXVII, vols. 1, 2 y 3.

³⁹ Véase Gustavo Otero, *El Perú que yo he visto*, La Paz, Imprenta Artística, 1926, pp. 94-96.

⁴⁰ De Sartiges y Botmiliau, 1947, *op. cit.*, p. 195.

⁴¹ Francisco García Calderón, *op. cit.*, p. 50.

⁴² "Memoria de la Inspección de Espectáculos de 1891", *Boletín Municipal*, núm. 773, 27 de febrero de 1892.

⁴³ Con el fin de inspeccionar y promover los espectáculos, Castilla emitió en 1849 un Reglamento de Teatros. Véase Francesca Denegri, *op. cit.*, p. 52.

⁴⁴ Véase Ricardo Cantuarias, "El arte dramático en Lima de la colonia a la república (durante la emancipación). Contribución a la historia teatral en el Perú", tesis de licenciatura, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, 1993, p. 251.

⁴⁵ *El Perú Ilustrado*, núm. 149, 15 de marzo de 1890.

⁴⁶ Elguera, abogado y hombre de letras, realizó sus estudios en París y después en el colegio del educador español Rivero. Ejerció distintos puestos públicos a la vez que se desempeñó como periodista en los principales diarios y revistas de la época. Antes de presentarse como candidato a alcalde por la Liga Municipal Independiente, Elguera visitó Buenos Aires y Montevideo, ciudades a las que tomó como paradigmas para el desarrollo de Lima. Véase Paz Soldan, 1921, pp. 133-135.

⁴⁷ "Memoria de la Municipalidad de Lima", 1901, p. 4.

⁴⁸ *El Comercio*, 15 de febrero de 1909.

⁴⁹ Véase Manuel Moncloa y Covarrubias, *El teatro en Lima. Apuntes históricos*, Lima, Librería e Imprenta Gil, 1909, p. 53.

⁵⁰ En *Boletín de Lima*, año II, núm. 76, 14 de junio de 1902, p. 604.

⁵¹ El teatro de género chico español gozó de mucha popularidad en España a partir de 1857. En Hispanoamérica el público recibió con mucho entusiasmo este género, el cual llegó a convertirse en un espectáculo nacional. Véase Jorge Basadre, *Historia de la república del Perú*, op. cit., t. VII, cap. CXXI, p. 2986. Para el caso mexicano véase John Nomland, *Teatro mexicano contemporáneo (1900-1950)*, México, Universidad de California, Instituto Nacional de Bellas Artes, Departamento de Literatura, 1967.

⁵² En el caso de Inglaterra, Robert Malcomson muestra cómo entre 1750 y 1850 la burguesía inglesa desata una lucha para prohibir los entretenimientos en los que se evidenciaba el uso de la violencia, como las peleas de toros, osos y gallos. Se trataba de imponer diversiones funcionales que legitimaran el espíritu del trabajo y la disciplina laboral. Véase Robert Malcomson, *Popular Recreations in English Society 1700-1850*, Londres, Cambridge University Press, 1973, pp. 46 y 94.

⁵³ AML, Ramo de Espectáculos, 18 de diciembre de 1891. Pero, pese a las críticas, un año después, el 28 de octubre de 1892, el gobierno promulgó la ordenanza para la exhibición y lucha de fieras. En AML, Ramo de Espectáculos, 28 de octubre de 1892.

⁵⁴ AML, Ramo de Espectáculos, 17 de noviembre de 1884.

⁵⁵ Véase Ricardo Cantuarias, op. cit., p. 83.

⁵⁶ Robert Proctor, 1971, vol. 2, p. 266.

⁵⁷ *El amigo del pueblo*, año I, núm. 8, 2 de abril de 1892.

⁵⁸ *Boletín Municipal*, año II, núm. 76, 14 de enero de 1902, p. 604.

⁵⁹ AML, Ramo de Espectáculos, 16 de julio de 1884.

⁶⁰ Los ingleses, establecidos en Lima como representantes de firmas extranjeras dedicadas al comercio ma-

yorista y también como propietarios de algunas industrias textiles como la fábrica de Vitarte, propiedad de los Grace, o la fábrica de Tejidos El Progreso, de los Duncan Fox, fueron los primeros en organizar encuentros deportivos.

⁶¹ Este club inicialmente fue fundado por los ingleses en 1845 con el nombre de Salón de Comercio. Fue en 1873 que se denominó Lima Cricket and Lawn Tennis. Al poco tiempo de su fundación participaron en este club algunos peruanos. Véase José Gálvez, *Nuestra pequeña historia*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1966, p. 213.

⁶² Véase Jean Le Floc'Hmoan, *La génesis de los deportes*, Barcelona, Labor, 1969.

⁶³ Almanaque de *El Comercio*, año XXXI, 1922.

⁶⁴ Véase Nicolás Piérola, *Mensaje del presidente de la república en la instalación del Congreso Ordinario de 1897*, Lima, El País, 1897, p. XVI.

⁶⁵ Véase Donald Lowe, op. cit., p. 186.

⁶⁶ *El Comercio*, 20 de mayo de 1897.

⁶⁷ El primer encuentro de fútbol entre peruanos e ingleses fue el 6 de julio de 1894. Véase José Gálvez, *Nuestra pequeña historia*, op. cit., p. 213.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 281.

⁶⁹ *El Comercio*, 4 de mayo de 1939. Suplemento especial por los 100 años.

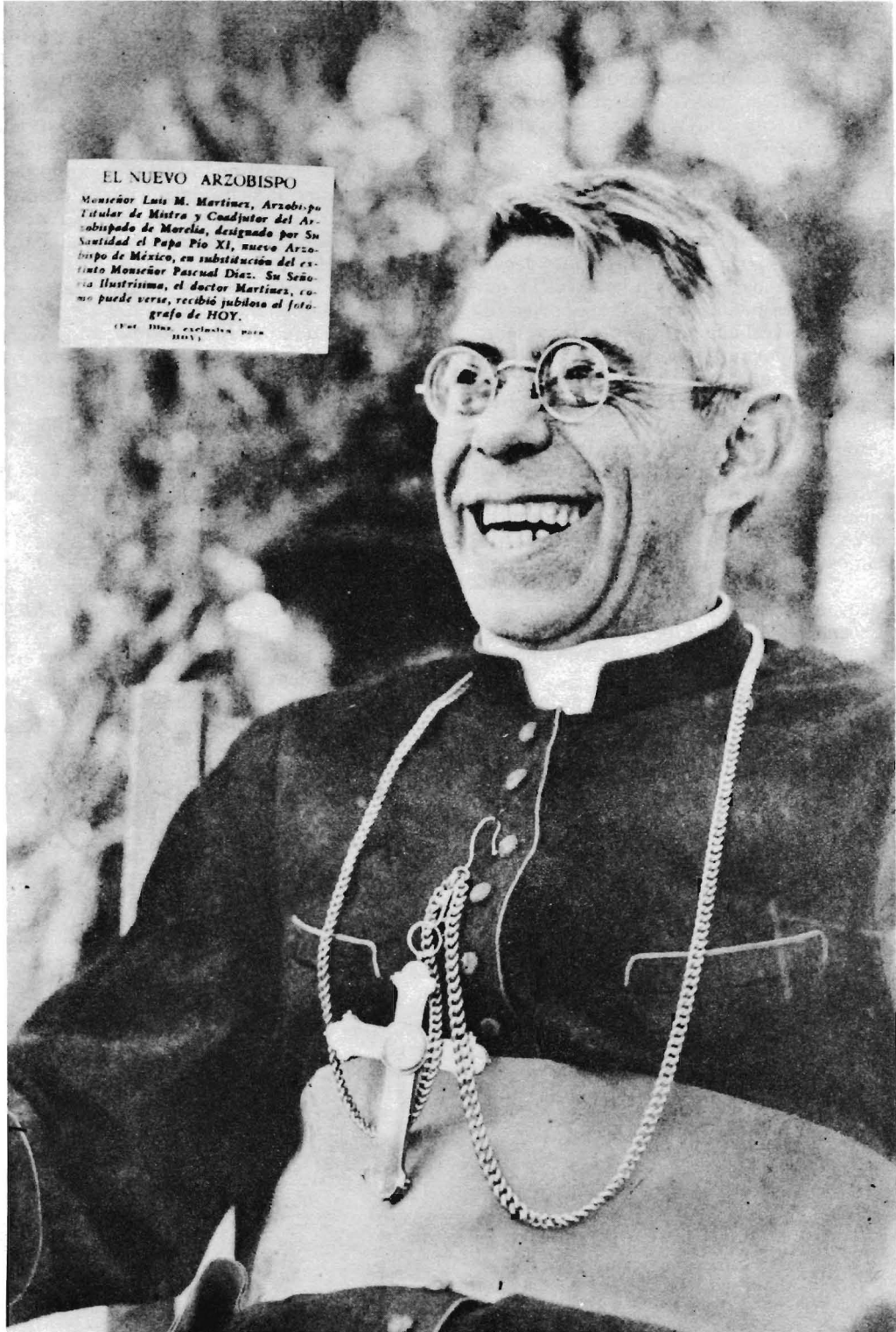
⁷⁰ Véase Steve Stein, *Lima obrera 1919-1930*, Lima, El Virrey, 1986, p. 132.

⁷¹ Uno de los pocos estudios que existe en Perú sobre los orígenes de este deporte en Lima fue realizado por el equipo de investigaciones sobre *Lima Obrera* dirigido por Steve Stein, *Lima obrera 1919-1930*, op. cit.

⁷² *El Comercio*, 9 de agosto de 1910.

⁷³ *Idem.*

⁷⁴ *El Comercio*, 23 de julio 1917.



EL NUEVO ARZOBISPO

*Monsieur Luis M. Martínez, Arzobispo
Titular de Mira y Coadjutor del Ar-
zobispado de Mérida, designado por Su
Santidad el Papa Pío XI, nuevo Arzo-
bispo de México, en substitución del ex-
tinto Monsiñor Pascual Díaz. Su Seño-
ra Ilustrísima, el doctor Martínez, co-
mo puede verse, recibió jubilo al foto-
grafo de HOY.*

*(Por Díaz, exclusiva para
HOY)*